



Revista Cambios y Permanencias
Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.11, Núm. 2, pp. 1082-1086 - ISSN 2027-5528

Por qué no olvidar

María Paula Suárez Carvajalino

Universidad Santo Tomás



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Por qué no olvidar¹

María Paula Suárez Carvajalino
Universidad Santo Tomás

Estudiante de derecho en la Universidad Santo
Tomás, seccional Bucaramanga.

Correo electrónico: m_paulita1@hotmail.com

Un sábado en las horas de la madrugada navegaba por Netflix en busca de una película para pasar el rato. Entre ese sinnúmero de filmes y series que esperan ser vistas, encontré un documental que llamó, sin duda, mi atención, y entonces, procedí a verlo.

“El testigo”, dirigido por el fotógrafo colombiano Jesús Abad Colorado, narra mediante testimonios y fotografías de su autoría, la violencia que se vivió en el conflicto armado colombiano durante los años 90. Con lágrimas en los ojos e impotencia por cada histórico atentado a la vida misma, terminé de ver este documental cerca de las 2:00 a.m. y me senté en el mirador de la casa con mi tinto en mano a reflexionar sobre lo que acababa de ver.

Jesús Abad era para mí un hombre verdaderamente valiente, a quien el conflicto le arrebató la vida de sus seres queridos, los enterró y, aun así, continúa profesando la paz e invitando a los colombianos a hacer la misma apuesta. Admiré el hecho de ver cómo, su amor hacia la comunidad, resumido en 1 hora con 12 minutos, logró incrementar mis ganas de seguir en este camino de lucha constante para mejorar la situación y, además, despertó en mí la necesidad de contar, también, mi testimonio.

¹ Este artículo es una conmemoración a un familiar que sufrió las consecuencias del conflicto armado a comienzos del 2000. Es un relato breve de lo que fue Janeth, mujer empoderada que soñó hasta el último momento con lograr una vida mejor, pero el despojo inesperado de su vida cortó sus sueños de raíz. Invito por medio del relato, a que los jóvenes no se rindan en este camino de lucha, no somos una generación de resignados y avanzaremos a pesar de los espejos que la vida nos refleja como el caso de Janeth. Hago énfasis en su historia porque, como Jesús Abad comenta en su documental *el testigo*: “todos tenemos una historia por contar”, y la mía la leerán a continuación.

De las cosas que prefiero recordar de Janeth Villamizar es su alegre sonrisa y extrovertida personalidad; la combinación de su rostro y su cuerpo eran la perfecta representación de la mujer latina. Llevaba en sus pies un gran don para bailar la música colombiana. Su voz de liderazgo y aquella ilustre mentalidad era la fuente de motivación para otros jóvenes de su edad y sus ganas de sacar adelante a la familia eran suficientes para que todos los días se levantara, en medio de tan dura pobreza, a trabajar.

Muchas veces, sin tener si quiera un pan para desayunar, Janeth recibía la bendición de sus padres y salía todas las mañanas a trabajar en la fábrica de zapatos que había montado su primo Mario, y al terminar la larga jornada de trabajo, salía con él a buscar a mi madre y sus hermanos, e iban a bailar.

Nunca faltó el apoyo familiar. De hecho, cuando la crisis se hacía más difícil, mi padre, quien en ese entonces era novio de mi madre, ayudaba a su familia no solo en cuestiones económicas, sino en aportarle esperanzas y un poco de humor a la situación que, de por sí, ya estaba perdida.

Las tragedias no tardaron en llegar. El padre de Janeth, a quien desde hacía siete meses le practicaban diálisis, falleció una mañana de abril. Comenzaría entonces el desequilibrio económico por la falta de ingresos y, aún peor, la carencia del apoyo paternal. La muerte de su padre y la desesperanza de un futuro mejor la llevaron al borde de la desesperación, pues era la hermana mayor de cinco hijos más, y, por tanto, se vio obligada a conseguir un trabajo adicional como impulsadora en un supermercado, para reducir los esfuerzos de su madre.

Janeth siempre fue muy reservada en los temas de amor; nunca se supo por su propia boca quién fue su pareja sentimental, pero poco tiempo después de que la familia comenzara a sospechar, salió a la luz la noticia de su embarazo de casi siete meses. Janeth, acostumbrada a decir las cosas sin tapujos y al mismo tiempo tan reservada en su vida personal, nunca comentó nada a nadie, y hasta el sol de hoy, su hijo no sabe quién es su padre.

David nació a los ocho meses y pronto se convirtió en una responsabilidad más. Janeth dejaba a su hijo al cuidado de la nona (abuela), y salía a cumplir con sus deberes durante cinco días de la semana. A pesar de tanta escasez y de la nostalgia por la muerte del viejo Benino, Janeth con su espíritu enérgico, decidió seguir con su juventud, pues el tipo de vida que llevamos depende de nosotros. Fue así como Janeth tuvo la oportunidad de ingresar en

el grupo de animadoras del Atlético Bucaramanga en donde pudo desarrollar ciertas cercanías con muchos integrantes del ejército nacional, pues en ese tiempo ellos servían en distintas ocasiones de seguridad en los partidos que jugaba el equipo.

Tiempo después, Janeth tuvo la oportunidad de viajar a Venezuela, en donde se decía que unos amigos estarían esperándola para iniciar su propio negocio en un bar. Quizás David era una de las razones para quedarse, pero en Colombia las cosas no funcionaban y, por ende, a pesar de tanto insistir en que no dejara a su madre y su hijo, tomó la decisión de partir por un mejor futuro, por una oportunidad, decisión que acabaría con sus sueños de raíz.

A dos semanas de estar en Venezuela, siendo el año 2007, y estando precisamente en la época del desplazamiento de la guerrilla con la frontera de este país, mi prima es encontrada la mañana de un martes por un campesino que pasaba con sus vacas en frente de un potrero en Nulá, totalmente desnuda, violada, torturada y degollada. Algunos habitantes del sector cuentan que pudieron escuchar sus gritos desgarradores aquella madrugada, a altas horas de la noche, pero nadie se atrevió a ayudar, y prefirieron, infestados por el miedo, intentar conciliar el sueño. En este tipo de situaciones el letargo emocional nos conduce a la suma necesidad de señalar culpables al azar, pues pensamos que así vamos a reparar algo que no se puede reconstruir y, así, intentamos refugiar el profundo sentimiento de resignación. Mi familia no fue la excepción, se culpó a la guerrilla FARC y, efectivamente, no hubo duda en que se acertó en aquel prejuicio.

Mi tía, quien vivía con sus hermanos en una misma pieza, recibe una serie de llamadas esa misma noche en donde se oían solo quejidos y balbuceos a los que no daban respuesta. Cuenta la historia que comenzaron a ser molestos, por lo que después del tercero, no se contestó más. Recordar como Janeth era obligada por aquellos cínicos desalmados a hablar y suplicar por su vida ya sin una gota de aliento y sangre en su cuerpo, es uno de los pensamientos que más atormentan a mis tíos desde aquella noche.

No tardaron en llamar a contar la terrible noticia de aquel acto que no tiene descripción. Una oleada de incertidumbre cubrió de lágrimas el rostro de mi madre al recibir la noticia, y yo, de tan solo cinco años, viendo televisión en la sala de mi casa junto con mi padre, no entendía lo que ocurría y solo escuchaba “¡mataron a Janeth!, de manera repetitiva y cada vez, con más intensidad. Dicen que los niños recuerdan las cosas que más emoción les

generan, y yo, sin entender bajo mi inocencia el verbo “matar”, solo comprendí “Janeth” y creí que mi primita, la que más me quería, vendría a visitarme y me dispuse a esperarla sin saber que nunca más le volvería a ver.

Su cuerpo fue transportado una semana después del suceso; nadie podía creerlo, nadie la podía reconocer. Aquella hermosa mujer que al principio enaltecí, ya no estaba. Era irreconocible, era simplemente increíble.

Situaciones como estas nos nublan el corazón; un arrebato de este calibre genera tres cambios en las personas: Valorar a los que aún tienen la “suerte” de estar a nuestro lado, reflexionar que la vida puede terminar en el momento menos esperado, de cualquier forma y en cualquier lugar, y, en el caso de mi familia, extinguir la llama de la esperanza, de que “esta vaina tenía un cambio”.

Comprender que mi prima había muerto en Venezuela a causa de su cercanía con el ejército (creyendo que era una informante) y no tener certeza con quien conversó allí sobre esto, es el sentimiento de impotencia más grande que he llevado por mucho tiempo conmigo.

Concluir, además, que su muerte se dio por su discurso desprevenido y su actitud confianzuda con los demás llevó a mi familia a callar, al silencio eterno, a no insistir más en la justicia de su muerte y, sobre todo, a generar un odio hacia aquella utópica “paz”. David fue criado con mucho amor por nosotros, pero bajo la idea de que el país en el que nació mató injustamente a su madre.

Casos como el de Janeth, Jesús Abad y millones de colombianos afectados por el conflicto armado generan un cierto grado de impotencia al lector, pero para quien tuvo de prenda a la muerte, será un dolor infinito que nunca desaparecerá. Llevamos sesenta años alimentando esa cadena eterna de odio, de vacíos emocionales e incredulidad al mencionar “la justicia”.

Y preocupa, pues como consecuencia, tenemos una parte de la sociedad totalmente ajena a la realidad, sociedad que se considera a sí misma apolítica, y no porque sea propio de su naturaleza, sino, más bien, porque se ha conformado en creer que las cosas ya no tendrán solución por más bueno que sea el discurso. Y otra parte que, como mi familia, la frialdad con la que nos arrebataron a un ser querido generó un sentimiento de desesperanza que arrancó de raíz toda posibilidad de esperanza.

Con un título de paz comprado en Alemania, diálogos que terminan con sillas vacías y demás desaciertos históricos, Colombia deja pasar los años y la bandera necesita más espacio para el rojo. Ya es inevitable por más que lo intenten, ocultar las muertes que la ausencia de Estado ha provocado; ni siquiera las fosas son suficientes para encubrir los cuerpos ya descompuestos producto de una guerra de la que ni siquiera fueron partícipes, y en medio de tanta incertidumbre, resulta paradójico estar en la lista de los países más corruptos y violentos del mundo, y al mismo tiempo, ser el país más feliz a nivel mundial en medio de tanta violencia.

Después de ser mencionada la cruda realidad, los invito a creer, suena difícil que en medio de tanta violencia quepa una gota de esperanza, pero si Jesús en su documental nos muestra como personas que realmente lo perdieron todo pudieron perdonar, quedará más sencillo para el colombiano afortunado que por gracia divina no ha sido tocado por la violencia y el terror, creer. Perdonen, pero no olviden, pues la memoria será aquella que nos motive a sacar a muchos afectados de la misma situación y así, ser con el tiempo más personas comprometidas en construir un mejor país.

Invitados todas/os a ver “El testigo”, documental colmado de emociones en el que, además de sensibilizar el alma y amainar el corazón, se concientizarán, reflexionarán y, estoy segura, será para la mayoría, una fuente de inspiración, y los llevará a plasmar en un papel su historia como hoy, en esta noche fría pero llena de vida, lo he hecho yo. Somos muchos los que tenemos un testimonio por contar. ¡A escribir y avanzar!